

ENTREVISTA CON EDMUNDO CALDERÓN

“He aprendido a mirar a la pintura y a la gente; se tiene que dar siempre lo máximo para ser artista”

POR JOSÉ LUIS CARDONA E.

A MODO DE JUSTIFICACIÓN

¿QUÉ PUEDE APORTAR al conocimiento de un personaje, ahora muerto, una entrevista publicada originalmente hace catorce años? No lo sé con certeza. Tal vez valga la pena recuperar sus palabras como un homenaje, debido a que, entre otros datos, Edmundo Calderón fue un hombre solitario y poco visible para los medios informativos y su obra no tuvo una exposición regular, lo que no disminuye (incluso puede que sea un aliciente) la devoción a esa obra —y al personaje— que tienen, entre otros de un grupo muy selecto, los poetas Pedro Salvador Ale y Jorge de la Luz, y tenía el también pintor Francisco Limón (lo digo en pasado porque hace muchos años que no lo veo), cuyas opiniones tienen peso específico... A saber. De lo único que un reportero puede estar seguro al paso del tiempo es de que, buena, regular o mala, una entrevista registra, como una instantánea, algunos rasgos del entrevistado.

La entrevista se realizó a principios de 1991, en el restaurante Biarritz, en el centro de Toluca, al que en ese tiempo, y durante los años posteriores, el pintor era asiduo. No fue una charla fluida. Acostumbrado a la entrevista en profundidad, gracias a la libertad con que me dejaron trabajar en el periódico *Rumbo* tanto Esteban Rivera como Luis Alberto Rodríguez, directores sucesivos de ese medio propiedad entonces del gobierno del estado, no tenía limitaciones para cubrir las dos páginas (a menudo sólo una) de la sección cultural a mi cargo, más que mi capacidad para buscar la nota. Como lo hice con Calderón, aunque sin lograrlo del todo por su parquedad, busqué presentar, durante aquel año y el anterior, a los actores de la cultural local. Algunas veces, aprovechando circunstancias y oportunidades, logré entrevistas con creadores de otras latitudes. Pero el objetivo principal fue presentar a los creadores del Valle de Toluca, y pese a su invisibilidad, Calderón estuvo incluido. No recuerdo si fue entrevistado posteriormente, pero es poco probable que así haya sido. Podría ser éste el valor del texto que se presenta a continuación, con las obligadas correcciones de erratas y un intento de mejorar el fraseo, pero conservando intocado el texto de las respuestas. La entrevista se publicó en dos entregas sucesivas. El presente del texto original es ahora únicamente un presente histórico.

Quizá se trate de una pretensión fuera de foco, pero estas líneas pueden contribuir a que se organice una exposición lo más amplia y significativa que sea posible de la obra de Edmundo Calderón, y no por localismo —“¡salve, maestro, es hora de hacerte el homenaje que no recibiste en vida!”—, sino por la valía de esa obra, que antes de ser revalorada, debe ser, simplemente, conocida. Tal vez, sólo tal vez, este número de *La Colmena*, contribuya a no dejar en el olvido más que al artista a la obra, que según Flaubert lo es todo.

Pintor de obras realistas nunca expuestas y otras, las más importantes, abstractas; conocidas poco a poco debido a las escasas exposiciones que monta, Edmundo Calderón, el artista plástico nacido en Zacualpan, admite que un problema importante de la creación plástica es la interpretación que el espectador da al mensaje que recibe, y expresa su preocupación constante por “llegar a ser un artista”.

“¿Qué le puedo decir de mi obra?” —interroga a su vez, después de escuchar el primer interrogante, con humildad, cualidad que niega tener. “He trabajado muchos años. Tiene uno siempre que dar lo máximo, y es claro que para eso no hay nunca tiempo perdido: cinco años, diez, veinte, toda la vida. En algunas ocasiones me han preguntado lo mismo: por qué dibujo. En realidad no pinto mucho. Lo que pinto lo hago lentamente, me toma mucho tiempo. Lentamente va surgiendo la obra.”

Viajero mexicano y latinoamericano, ha estado en el Viejo Continente y en

África. "Dicen que los viajes le enseñan a uno. Yo he viajado y he visto mucho. Y he aprendido a mirar, tanto a la pintura como a la gente: su modo de pensar, que a veces es tan diferente entre occidentales y orientales, más aún cuando en el mismo occidente tenemos tantas maneras de ver las cosas, lo mismo desde el punto de vista económico que del social, moral y cultural.

"Esas diferencias son notables entre América y Europa. Esto claro, influye en la pintura de todos, y en la mía, desde luego.

Autodidacto —como él mismo se juzga, ya que no asistió formalmente a academia alguna, salvo su estancia juvenil en París, que lo llevó a estudiar el grabado en color en L'Atelier 17, pero con la preocupación de mantener la acreditación que le permitiera permanecer en la Ciudad Luz—, Calderón confiesa su inclinación infantil a dibujar en las orillas de su libreta escolar. "Pintaba desde los seis o siete años, que es desde cuando tengo el prurito, e incluía las paredes.

"Ahora mi pintura es neofigurativa, abstracta. Empecé siendo realista. No estuve en escuela alguna. Soy autodidacto. Me costó mucho trabajo descubrir por mí mismo los enseres del pintor. Esos años, que yo llamo perdidos, me sirvieron, sin embargo, para investigar sobre mis materiales y recapacitar sobre mis recuerdos, que se han quedado en la memoria y ahora puedo trabajar con ellos."

Con voz suave, pausada, el pintor va dando respuesta a las preguntas que formula el reportero. No rehuye ninguna; al contrario, abunda y ejemplifica. Hace juicios: "el artista, a mi modo de ver, realiza un trabajo un poco artesanal —me refiero al artista en general—. Y lo digo por la forma en que se trabaja: con una disciplina rigurosa para lograr el desarrollo que exige una obra artística. Pero —matiza— en América esto no sucede, porque el artista americano no tiene tras de sí una larga experiencia. Estamos un poco 'bailando' por la falta precisamente de una tradición, porque si ésta existió se rompió. Nuestro modo de actuar en las artes es un poco... no indisciplinado —acota a la propuesta del reportero—, sino visto con demasiada libertad en el aspecto, por decirlo así, técnico.

"Pero en el aspecto espiritual sí tenemos una gran fuerza, que nos llena la carencia de tradición y el desconocimiento. Con ello suplimos las viejas tradiciones europeas y el dominio técnico de sus artistas".

EL ARTISTA DEBE SER FIEL MÁS A SUS EMOCIONES QUE A "HACER HISTORIA"

Edmundo Calderón es rotundo: el auge de la escuela mexicana de pintura, con el muralismo como expresión ostensible, se dio por circunstancias políticas, "para darle una carta blanca a la entonces reciente Revolución, en una actitud bien medida de los políticos de la época". Ello no hace que el artista niegue el valor del trabajo de los grandes muralistas, pero sí lo lleva a plantear un interrogante que considera fundamental: "¿el artista debe hacer historia o expresar sus emociones

personales? Creo yo que debe hacer lo segundo”.

Hace otra aclaración. “No quiero decir con esto que toda la pintura de la época haya sido histórica”. Y sugiere a Orozco, Javier Guerrero e incluso a Tamayo entre los artistas importantes de ese periodo (aunque el artista oaxaqueño siempre se mantuvo a distancia de los muralistas).

“Siempre he dicho que tratar de llegar a ‘ser artista’ es lo máximo para el pintor o el arquitecto. En mi caso, esa es mi tarea, la que a veces da miedo cuando se trata de exponer el trabajo y no se está en la certeza de ser un excelente pintor.”

Calderón admite no tener influencias decisivas de algún pintor, aunque admite haber imitado a muchos, desde Rembrandt y Miguel Ángel hasta los franceses y los chinos. Sin embargo, el paso de los años le permitió saber qué línea, qué color “se acercaba más a mi forma de ser, y entonces fui abstrayendo de aquellos pintores lo mejor que, a mi modo de ver, podía beneficiar a mi trabajo”.

Como todo artista, tuvo un momento de conmoción creativa. “En Rotterdam sufrí lo que se puede decir un golpe emocional al ver una pintura de Bruegel, una de sus tantas ‘Torres de Babel’. Yo pensaba en los pintores que, creía, me habían influido desde joven, pero al verme plantado frente a esa obra, que pasé viendo días y días, me di cuenta de que entró en mí una fuerza tremenda. Y creo que, en alguna forma que todavía no descubro, ese cuadro ha influido en toda mi obra.”

Ese encuentro con uno de los tres miembros de la dinastía de pintores flamencos del siglo XVI le significó “quitarse el sombrero, con esa actitud de quien desnudo quiere decirle a la obra ‘métete dentro de mí’. Esa es una de las pocas veces en que he sentido tanta emoción frente a un cuadro. Ha habido otros momentos, pero de menor fuerza.”

La profunda y milenaria tradición europea, tan alejada de América Latina, le obsesiona. “Europa es Europa a pesar de Papini. Esa tradición que recorre todos los aspectos, desde el económico hasta el moral, tiene una fuerza tremenda, que impresionó mi modo de ver el mundo. Desde allá era América, nuestra América Latina que se desarrolla tan lentamente. Si París acaba de cumplir hace poco dos mil años, tendrán que pasar al menos otros dos mil en América Latina para que tengamos en verdad una tradición en qué apoyarnos.

“Tenemos nuestro pasado, es verdad, pero también lo es que Estados Unidos nos lo está quitando. Ese país necesita una base y no encuentra otra mejor que nuestro pasado indígena. Estoy de acuerdo con Paz cuando propone que nuestro pasado nos verificará, pero tomando en cuenta que no somos aztecas, sino mestizos.”

Calderón está convencido de que la técnica es fundamental, pero que la emoción también hace una parte igualmente importante. Se declara católico, “pero admito que hay muchos aspectos de la Iglesia que están en contradicción con el sentido del Cristianismo. Veo lo malo, pero reconozco también las cosas maravillosas que



ha hecho, tanto en el aspecto social como en el cultural”.

Reitera su certeza de que el excelente pintor debe ser complementado por el artista, y admite que el realismo —retrato y paisaje— sigue inspirándolo para pintar obras que no expone. “Me siento bien pintando motivos realistas, pero me siento mejor pintando abstraccionismo. Mi brazo se mueve con más energía.

“El artista sufre cuando crea, pero se siente un descanso en los momentos posteriores a la terminación de la obra. Yo trabajo por unos minutos, después me salgo, leo, estudio, hago otras cosas. A veces dejo una obra por uno o varios días, e incluso un mes. A veces se siente un descanso, insisto, cuando se concluye, pero muchas veces hay que rehacer trabajo ya avanzado.”

Acepta que su pintura —“lo sé”— no está dirigida a cualquier tipo de público. Su espectador “debe tener un mínimo de formación cultural”. Una es la obra para el pintor y otra para el espectador, dice, y complementa: “el artista debe entonces dar al espectador elementos que le faciliten recibir el mensaje”, pero no se declara partidario de lo que los pintores llaman “la cocina”, ese conjunto de elementos que tratan de halagar al observador. “A veces se logra con el color, pero no hay nada que influya de manera tan diferente a la gente como el color.

“Llegué al abstraccionismo no porque fuera una moda. Para mí fue un camino largo y doloroso, hasta que encontré aquello que me hizo sentir bien”, agrega, y entrevé la posibilidad de exponer en el Distrito Federal y en Toluca este año [1991: JLCE].

Finalmente, descarta que en la entidad haya un movimiento pictórico. “Habemos pintores, pero aislados”, dice, y menciona a Toledo entre los artistas de los que puede dar una opinión favorable, “desde mi punto de vista”. LC